

El resto de los relatos inciden desde otras perspectivas en los motivos nucleares de la propuesta narrativa que venimos apuntando, como son la perversión del Estado, mediante la corrupción de las instituciones y la venalidad de sus miembros, y la violencia que se ejerce sobre el individuo, huérfano de libertades y víctima del propio Estado que le protege. Los recuerdos de *Leviatán* de Hobbes son evidentes. Con ironía, Barriobero plantea la cuestión en *Chatarramendi*: «¿Cómo se concibe un Estado en el que las autoridades estuvieran sometidas a la ley, como están los ciudadanos a las autoridades?» Por ello cada novela ofrece una faceta de esta distorsión política, cívica y moral. Así encontramos ejemplo de la alianza de poderes y de la corrupción política en *Como los hombres* (1923), valorada por él mismo autor como «novela no política, sino sencillamente realista, que bien pudiera titularse *El Altar y el Trono en 1923*». La novela se basó en el caso real del suicidio de Javier Vales Failde, auditor de la Rota y capellán del Palacio Real, que se degolló con una navaja barbera<sup>13</sup>. Por ello, Barriobero recurre al trazo satírico de figuras para caracterizar a sus personajes y halla en este rasgo un filón estilístico. Entre ellas destacan la del «capellán guapo» de *Como los hombres*, la del juez venal, entreverado de catequista y galán, que juzga al poeta Francisco Montenegro (*alter ego* del autor) en *Guerrero*, o la de Hugolino Cachaldoira y Ladínez, ministro de Gobernación en *Chatarramendi* y en *El hombre desciende del caballo*, pero que apunta (en hipótesis sin confirmar) al personaje de Gabino Bugallal, ministro de Hacienda en los gabinetes de Sánchez Toca y Allendesalazar, ambos de 1919, ministro de Gracia y Justicia en el gabinete Dato, de 1920, y ministro de Gobernación en el gabinete de Allendesalazar (1921). De ello se desprende que la sátira de Barriobero no es del todo metafórica y que apunta a personajes y a situaciones reales. No en vano algunas de las manifestaciones de Botaratoff, relativas a la represión y a la ley de fugas, coinciden también con las recomendaciones antiterroristas de Martínez Anido o de Primo de Rivera («una redada, un traslado, un intento de fuga y unos tiros»). Todo ello concuerda con la censura que sufrieron alguna de sus novelas (por ejemplo, *Como los hombres*), las detenciones que padeció por delitos de opinión (una de las cuales se remonta al 22 de mayo de 1922 y aparece descrita en el prólogo de *Chatarramendi*) y los periodos de prisión. *La historia ejemplar y atormentada del caballero con la mano al pecho* (1930) fue escrita entre octubre y el 6 de diciembre en la cárcel

<sup>13</sup> Quintiliano Saldaña. La sexología. Madrid: Mundo Latino, 1931, p. 192: «Sobre supuestos móviles eróticos de este suicidio, véase la novela de E. Barriobero *Como los hombres* (1923), *secuestrada por la policía*. La novela fue editada en Madrid, en Bruselas y en Sudamérica.

Modelo de Madrid. El realismo y la contemporaneidad de su narrativa fueron, pues, constantes surgidas de su propio compromiso intelectual con la realidad de su tiempo.

De la construcción satírica de figuras basada en casos reales o aproximados, pasa Barriobero a utilizar esta técnica –auténtico estilema narrativo– para definir genéricamente a sus personajes, que, en buena medida, quedarán configurados como tipos o patrones. Para ello parte de una construcción nominal, caracterizadora de los rasgos degradantes (físicos y, en especial, morales), que sirve al lector para identificar al personaje y singularizarlo. Ejemplos abundantes encontramos en *Chatarramendi...*, donde Calderilla será el ministro de Hacienda, Faltaipasa el de Gobernación y Acucio Rupestre el de Instrucción Pública; los industriales vascos obedecerán a los nombres de Aniceto de Chatarramendi, Carcaberri, Berrondo y Gargarita; el director general de Seguridad será apellidado Botaratoff, los inspectores, Burreño y Mular, y los agentes policiales, Berroqueño, Parrondo, Torniquete o Cabezones; y los delincuentes profesionales, el Señorito, el Trabilla, el Colorao, el Bigotes, Mangazo o Cartagena. No obstante, esta técnica, que el autor aplica en particular a las novelas del ciclo de sátira policial (el agente Caníbalez de *El robo en la joyería de la calle Real*, el inspector Matapán, el alguacil Buscavino o *El 606*, número del agente Jerónimo Rozalejo, pero, en realidad, denominación del remedio contra la sífilis descubierto por el médico alemán Pablo Ehrlich años antes de escribirse *El 606*), es común a toda la narrativa: la figura del erudito hueco se identificará con don Mendacio Gómez (*El hombre desciende del caballo*), la del banquero con Juan Rapaz o con Zacarías Cinchuelo, el usurero rústico será Zampahuevos, el falso genealogista, Primitivo Jakem Brollon, Adelfa, la mujer venenosa por la que muere su amante, la prostituta, Juliana «la Butaca», y *María o la hija de un jornalero* será ahora cupletista, haciendo referencia a un espacio narrativo querido por el autor, los universos bohemios y galantes, el mundo del cabaret y de la sicalipsis, tan alejado de los ambientes proletarios, pero necesario novelísticamente para fijar el contraste social sórdido y envilecedor. Con todo, aunque en las narraciones de Barriobero aparezcan torerillos, señoritos, juergas flamencas, coristas y coplillas (*Adelfa, María o El airón de los Torre-Cumbre*) no es la suya la novela del cuplé, especialidad que consagra a Álvaro Retana, sino un modo más de aproximación realista a la sociedad de su época, cuyos personajes son caracterizados desde una imitación cuidadosa de sus hábitos lingüísticos (vulgarismos, coloquialismos, jergas, hablas marginales, de delincuentes, etc.). El lenguaje se convierte en un elemento importante en la configuración del realismo narrativo y en la pintura social.

## 5. Conclusión

Aunque Eduardo Barriobero sea un narrador poco conocido (de hecho ninguna de sus obras ha vuelto a ser reeditada) y su producción apenas haya merecido el interés de la crítica, su vida y escritos se integran cronológicamente en el marco de la «Generación del 98». Las fechas de nacimiento y muerte de Barriobero (1875-1939) concuerdan con las de Antonio Machado, eje cronológico de ese grupo de escritores. Con ellos coincide, además, en su visión crítica de España, en sus deseos de regeneración, en la utilización de ciertos símbolos, como Cervantes, para conectar el pasado con el presente y ver la realidad de España desde una perspectiva histórica, en el recurso a la intrahistoria para la definición de personajes y situaciones, en el sentido social de la novela y en tantos otros aspectos comunes. También se aproxima cronológicamente a otra serie de escritores (Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Zamacois, Pedro Mata, Ciges Aparicio, «Parmeno», Ricardo León, o los más tardíos Gómez de la Serna y Jarnés, etc.), cuya orientación fluctúa entre aspectos tan dispares como el regionalismo, el naturalismo, la «angustia vital», el realismo social o el pensamiento ultraconservador y católico. Sin embargo, los horizontes ideológicos de Barriobero evitan semejante dispersión y quedan centrados en un referente inicial que transita desde el regeneracionismo hasta el 98<sup>14</sup>, con Joaquín Costa como uno de los ejes más sólidos.

Con todo, su creación literaria no procede de una estética autónoma, sea ésta noventayochista, modernista o cualquier otra, sino que depende de una ideología vinculada a un pensamiento político muy concreto, el emanado del federalismo, que se complementa con el objetivo de metas sociales y políticas avanzadas (entre las que se encuentran la autonomía municipal y la justicia popular), freno al poder burgués y amplio desarrollo del proletariado. Las simpatías de Pi y Margall (1824-1901), el político admirado por el joven Barriobero, hacia los krausistas hace que las raíces federales se nutran de una semilla liberal próxima a la depositada en fenómenos españoles como el krausismo, el institucionismo o el regeneracionismo, pero tendencias proletarias diversas (anarquismo, bakuninismo, socialismo, marxismo) van integrándose en la vida española de comienzos de siglo y se trasladan al mundo de la novela. A los ejemplos tan traídos (pero no por ello menos significativos) de las simpatías anarquistas del joven Azorín,

<sup>14</sup> *Rafael Pérez de la Dehesa*. El grupo «Germinal»: una clave del 98. *Madrid, Taurus, 1970*. El pensamiento de Costa y su influencia en el 98. *Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966*.

Maeztu, Baroja y Benavente o del socialismo de Galdós, habría que sumar intentos como los de Anselmo Lorenzo (1841-1914) por construir una novela que, vehículo más adecuado que revistas y folletos, teorizadores en exceso, trasladara al proletariado un mensaje de libertad y de justicia. Su *Justo Vives* (1893) responde a esa táctica de confrontar desde la plataforma de la novela los convencionalismos de la moral burguesa con el nuevo orden libertario. La novela se abre, pues, al ejercicio didáctico de corrientes transnacionales y rompe el dominio de la tendencia burguesa. Barriobero, traductor y editor, periodista y novelista, participa de ese cruce de culturas y construye sus narraciones desde el progresismo ideológico, el compromiso político y la reivindicación social.